

Nombre de la autora: Citlaly Aguilar Sánchez

Título: **QUE LOS PERROS HABLEN**

Materia o área de conocimiento: humanidades

Nivel educativo: licenciatura

Índice

Prólogo
Presentación
La colección
Hola, chucho
No son mudos
Hasta 92 palabras
Los más cínicos
¿Estamos locos?
El mejor amigo del hombre
Lenguaje que sostiene
El cuerpo es el mensaje
Ozzy
Bibliografía

Prólogo

Hay preguntas que no nacen de la razón, sino de una incomodidad que persiste. *¿Qué pasaría si los perros hablaran?*, es una de ellas. En las páginas que siguen, esa pregunta se revela como un punto de entrada hacia el lenguaje, la conciencia, la locura y, sobre todo, hacia la manera en que los seres humanos nos pensamos.

Este ensayo literario no trata, en el fondo, de los perros. O no únicamente. Sino del deseo humano de escuchar lo que no está dicho, de dotar de palabras a aquello que ya nos comunica algo, pero que no encaja en nuestras estructuras lingüísticas. Porque los perros, aunque no hablen en nuestro idioma, ya dicen mucho con el cuerpo, con la insistencia, con la presencia. Y, sin embargo, eso no nos basta.

A lo largo del texto, la autora construye una colección singular: perros que hablan en la literatura. No como una simple enumeración de curiosidades, sino como una genealogía del deseo. Desde Cervantes hasta la narrativa contemporánea, estos animales parlantes funcionan como espejos incómodos. Cuando hablan, no lo hacen para repetir lo que los humanos ya saben, sino para señalar lo que preferirían no ver: la hipocresía, la jerarquía, la fragilidad de nuestras certezas.

Pero el recorrido no se queda en lo literario. Pronto se desplaza hacia la filosofía, la lingüística y la psicología, tensionando ideas profundamente arraigadas: ¿es el lenguaje lo que define al pensamiento? ¿Es el intelecto lo que nos separa de los animales? ¿O es, más bien, una construcción que hemos sostenido para justificar una superioridad que necesitamos creer?

En ese desplazamiento aparece también la locura. Escuchar hablar a un perro no es solo un acto imposible: es, históricamente, un signo de ruptura con la norma. Y ahí el ensayo se vuelve particularmente inquietante, porque sugiere que la frontera entre la razón y el delirio no es tan firme como quisiéramos. Tal vez no sea que algunos escuchan demasiado, sino que otros han dejado de escuchar.

Sin embargo, sería un error leer este texto únicamente desde su dimensión intelectual. Hay en él una corriente subterránea, constante y poderosa: la ternura. Frente a la obsesión humana por el lenguaje articulado, la autora propone otra forma de comunicación, una que no pasa por las palabras, pero que sostiene, acompaña y transforma. En ese sentido, el ensayo se abre hacia una intuición radical: quizá no necesitamos que los perros hablen como nosotros, sino aprender a escuchar de otra manera.

Este prólogo advierte que lo que está por leer no es un ensayo complaciente. Es un texto que se mueve entre disciplinas, que cuestiona sin ofrecer respuestas definitivas y que, en más de un momento, incomoda. Pero también es un texto

profundamente vivo, atravesado por la experiencia, por el cuerpo y por una sensibilidad que no teme exponerse.

Al final, la pregunta inicial permanece, pero transformada. Ya no es solo *¿qué dirían los perros si hablaran?*, sino *¿por qué necesitamos que lo hagan?* Y, quizá más importante aún: *¿qué estamos dejando de escuchar mientras insistimos en que hablen?*

Presentación

Que los perros hablen es un ensayo que se inscribe en la tradición de las humanidades, pero que desborda sus propios márgenes al entrelazar literatura, filosofía, lingüística y experiencia personal. A partir de la premisa aparentemente sencilla, la fascinación por los perros que hablan, el texto despliega una reflexión compleja sobre el lenguaje, el pensamiento, la locura y los afectos, cuestionando las fronteras que históricamente han separado a los seres humanos de los animales. El punto de partida es una colección: perros parlantes encontrados en la literatura. Desde los célebres Cipión y Berganza de Cervantes hasta las voces caninas que atraviesan la obra de autores como Gogol, Virginia Woolf, Francisco Tario, Orhan Pamuk o Paul Auster, estos personajes no son abordados como meras curiosidades narrativas, sino como figuras que encarnan una inquietud persistente en la cultura occidental: la necesidad de escuchar aquello que, en principio, no debería hablar. En ese gesto, la autora identifica un deseo profundamente humano: el de encontrar en el otro, incluso en el animal, un reflejo de nuestras propias capacidades cognitivas y lingüísticas.

Sin embargo, el ensayo no se limita a una revisión literaria. A lo largo de sus páginas, se incorporan diversas perspectivas teóricas que permiten problematizar esta inquietud. Las ideas aristotélicas sobre el alma, las propuestas de Jean Piaget sobre el desarrollo del pensamiento, las aportaciones de Lev Vigotsky en torno a la relación entre lenguaje y cognición, así como los planteamientos de Noam Chomsky sobre la naturaleza del lenguaje, se articulan para explorar una pregunta central: ¿es el lenguaje una facultad exclusivamente humana o existen formas de comunicación animal que desafían esta noción? Lejos de ofrecer una respuesta definitiva, el texto abre un campo de tensiones donde lo humano deja de ser una categoría estable.

En este recorrido, la figura del perro parlante se vuelve un dispositivo crítico. Cuando estos animales hablan en la literatura, no lo hacen para confirmar la superioridad humana, sino para ponerla en entredicho. Sus voces evidencian contradicciones sociales, cuestionan jerarquías y, en muchos casos, revelan aspectos incómodos de la vida humana. De este modo, el ensayo sugiere que el interés por los perros que hablan no radica únicamente en la posibilidad de ampliar el lenguaje, sino en el potencial de desestabilizar aquello que consideramos propio de nuestra especie.

Uno de los ejes más sugerentes del texto es la relación entre lenguaje y locura. Históricamente, escuchar voces que no deberían existir ha sido interpretado como un signo de desvarío. En ese sentido, la posibilidad de que un perro hable no solo desafía el orden natural, sino también el orden social. A partir de autores como Gogol y pensadores como Michel Foucault, el ensayo plantea que la locura puede

entenderse como una alteración del lenguaje, pero también como una forma de acceso a otras configuraciones de sentido. Así, se cuestiona si la locura reside en lo que se dice o en la incapacidad colectiva de reconocer ciertos discursos como válidos.

No obstante, el texto no se agota en la dimensión intelectual. En su tramo final, introduce un giro fundamental hacia lo afectivo. Frente a la insistencia en dotar a los perros de un lenguaje articulado, la autora propone atender a una forma de comunicación que ya está presente: la ternura. Entendida como un lenguaje no verbal, la ternura aparece como una vía de relación que no depende del intelecto ni de la palabra, sino del cuerpo, la cercanía y la repetición del vínculo. A través de experiencias personales, particularmente la relación con su perro Ozzy, el ensayo muestra cómo esta forma de comunicación puede resultar incluso más significativa que el lenguaje humano en momentos de vulnerabilidad.

En este sentido, *Que los perros hablen* no solo reflexiona sobre los límites del lenguaje, sino también sobre sus posibilidades; invita a reconsiderar qué entendemos por comunicación, qué valor otorgamos a las distintas formas de expresión y, sobre todo, qué estamos dispuestos a escuchar. Más que responder a la pregunta inicial, el texto la transforma: no se trata únicamente de imaginar qué dirían los perros si hablaran, sino de interrogarnos sobre por qué necesitamos que lo hagan y qué implica esa necesidad.

Así, este ensayo se presenta como una exploración crítica y sensible que, desde un objeto aparentemente cotidiano, abre una serie de cuestionamientos fundamentales sobre la condición humana. En su cruce entre teoría y experiencia, entre literatura y vida, propone una lectura que no solo se piensa, sino que también se siente. Porque, al final, quizá el problema nunca fue que los perros no hablen, sino que aún no hemos aprendido del todo a escucharlos.

La Colección

Yo colecciono perros. Pero no perros comunes, sino famosos. Y estos no se encuentran fácilmente, porque no me interesan los que aparecen en el televisor o en Internet, sino los que están escondidos en los libros. Sí, los que son creados por la mente de escritores y escritoras y que no existen mas que en la ficción. Además, no me interesan todos los perros que se han escrito en la literatura, sino los que tienen una característica en particular: hablan.

Unos de los más antiguos que tengo en mi colección son Cipión y Berganza, que mantienen una larga conversación sobre sus vidas y los amos que han tenido; se encuentran en *El coloquio de los perros*. Ellos vivieron en el siglo XV, pues fueron creados por Miguel de Cervantes Saavedra. Cipión es el primero en expresarse: “Berganza amigo, dejemos esta noche el Hospital en guarda de la confianza y retirémonos a esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto a los dos nos ha hecho”. Berganza le responde de la siguiente manera: “Cipión hermano, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza”. Y así es como estos canes comienzan una extensa disertación sobre diversos temas de la sociedad de sus tiempos, no sin dejar de lado en la conversación su propio reconocimiento como animales.

Posteriormente, durante el siglo XIX, Nikolai Gogol escribió un comiquísimo cuento sobre un hombre que un día descubre a la perrita Medji diciéndole a Fidele, otra perra, que estuvo enferma, ante lo que el narrador apunta:

¡Vaya con la perrita! Confieso que me quedé muy sorprendido al oírle hablar como una persona; pero después de reflexionarlo bien, no hallé en ello nada extraño. En efecto, en el mundo se dan muchos ejemplos de la misma índole. Cuentan que en Inglaterra emergió un pez y dijo dos palabras en un idioma extraño, tan raro, que desde hace dos o tres años los sabios hacen investigaciones acerca de él y aún no han logrado clasificarlo. También leí en los periódicos que dos vacas entraron en una tienda y pidieron medio kilo de té. Pero reconozco que me quedé aún mucho más sorprendido al oírle decir a Medji: —¡Es verdad que te escribí, Fidele! Seguramente Polkan no te llevaría la carta. Aunque me juegue el sueldo, apostarí que nunca se ha dado el caso de un perro que escriba. Sólo los nobles pueden escribir. Claro que también algunos comerciantes, oficinistas y, a veces, hasta la gente del pueblo sabe escribir un poco; pero lo hace de un modo mecánico, sin poner ni comas, ni puntos, y, claro está, sin ningún estilo.

Por esta razón decide seguir a la perrita Medji para instruirse más sobre esta habilidad... el resultado de la pesquisa no resulta del todo favorable y, por ello, posteriormente el narrador sufre las consecuencias.

Una de mis favoritas en la colección es Laska, que es la perra de Levin, personaje de la novela *Ana Karenina*, de Lev Tolstói, obra que también es decimonónica. En una jornada de cacería, mientras su amo descansa y aprovecha para preguntar a su cuñado Esteban Arkadieievich si la hermosa Kitty, de quien sigue enamorado, se ha casado ya, Laska “aguzando los oídos, miraba al cielo y contemplaba a los dos con reproche. *Ya han encontrado ocasión de hablar*, pensaba la perra. *Y mientras tanto el pájaro está aquí, volando. Y no van a verlo*”. Así, Laska aparece como un animal astuto que, además de cumplir con su faena, tiene una mente crítica respecto de su dueño.

La novela *Flush*, de Virginia Woolf, que pertenece ya a los albores del siglo XX, relata la biografía del perro de dicho nombre, y, tal cual el estilo de esta escritora, podemos adentrarnos en los pensamientos y emociones del animal por medio del flujo de conciencia, de quien la primera frase que leemos es lo que pensó cuando vio que se parecía a su dueña: “Ahí estoy...”, como si se viera frente a un espejo.

También en el siglo pasado, el escritor mexicano Francisco Tario escribió sobre un perro ejemplar, pues nos cuenta la historia de Teddy, que pasa toda una noche cuidando a su amo, quien está a punto de fallecer. El cuento “La noche del perro” es narrado en primera persona por el perro, cuyo inicio es: “Mi amo se está muriendo. Se está muriendo solo, sobre su catre duro, en esta helada buhardilla, adonde penetra la nieve”. Y así es como acompañamos a estos dos personajes, como si fuéramos la luna que solamente contempla sin poder intervenir para ayudar a paliar el dolor.

Orhan Pamuk me regaló uno de los perros más fantásticos y el que más me ha sorprendido y gustado hasta ahora. Se trata de uno que se encuentra escondido en la novela *Me llamo rojo*; está tan oculto que solo lo podemos encontrar si vamos con el protagonista de la historia por una estrecha calle de atrás del mercado de esclavos, después de oscurecer, donde hallamos una cafetería, cuyo interior está lleno de gente, por lo que hace calor. Ahí está un narrador de cuentos, quien “se había colocado en un alto de la parte de atrás, junto al fuego, y había desplegado una sola pintura, una imagen de un perro, hecha apresuradamente en papel basto pero con habilidad”, en seguida, el perro habla: “Como podéis ver, mis colmillos son tan puntiagudos y largos que a duras penas me caben en la boca. Sé que me dan un aspecto terrible, pero me gusta” y más adelante dice: “Soy un perro y vosotros, que no sois criaturas tan racionales como yo, os estáis diciendo que los perros no hablan. Pero, por otro lado, dais la impresión de creer en cuentos donde los muertos hablan y los héroes usan palabras que jamás sabrían. Los perros hablan, pero sólo

para el que sabe escucharlos”. El libro no puede volver a ser el mismo después de tan asombroso encuentro.

También Paul Auster tiene un maravilloso perro hablador, su nombre es Mister Bones, quien se convierte en el compañero del poeta Willy G. Christmas. No obstante, el escritor presiente que su muerte está cercana y que se irá a un mítico mundo al que él llama Tombuctú, por lo que emprenden ambos un último viaje a Baltimore, donde se encuentra alguien a quien podrá encargarle a su fiel amigo:

—¿Y qué significa eso? —respondió el perro, y con tanta naturalidad le salieron las palabras, con tal claridad fluyeron de una capacidad antigua y enteramente demostrada de hablar cuando tenía algo que decir, que Mister Bones no se asombró lo más mínimo del milagro que acababa de ocurrir.

En seguida Mister Bones y su dueño, Willy, entablan una charla sobre la confianza en los seres humanos, con los que el chucho no tiene las mejores experiencias y de los que se siente casi siempre amenazado.

Hasta el momento son los que he logrado capturar entre los libros. Seguro que hay más, pero no he leído todos los libros del mundo, así que si alguien conoce algún otro, favor de hacérmelo saber. Será un placer agregarlo a mi colección. Aunque también les invito a hacer una colección propia de estas maravillosas criaturas, que siempre tienen algo interesante que contar. De todo lo que estos animales me han dicho es de lo que quisiera hablar a continuación.

Hola, Chucho

Amanece, despierto, me levanto, camino hacia el baño y me encuentro al perro. *Hola chucho, ¿cómo estás, cómo te va... y esos ojitos?* Desayuno. *Hola chucho, ¿a ti te gustan las galletas? A mí también, tenemos muchas cosas en común.* Me pongo a trabajar. Lo veo atrás de la computadora. *Hola chucho, ¿dónde compraste ese peluche que usas de abrigo? Ay, qué interesante.* Termino de trabajar. Bajo a comer. *Hola chucho, ¿qué tienes, por qué estás tan triste? No estés triste, sé un chucho feliz. A mí me gustan los chuchos que son felices.* Platico con mi mamá, con mi papá. Recojo mi cuarto. *Hola chucho, ¿por qué tienes una colita que se mueve mucho, dónde se apaga?* Me pongo a leer. *Hola chucho... ay este libro está muy intenso, tengo miedo, protégeme chucho, ¿por qué no me proteges?* Bajo a cenar. *Hola chucho, a ver esa pancita, me gustan las pancitas, qué buen chucho.* Antes de dormir: *hola chucho, ve a tu camita, mueve esas patas tan chiquitas y acuéstate.* Y así todos los días.

Tengo la fantasía constante de que Ozzy, mi perro, algún día me hable. Imagino cómo sería su voz. Creo que sería muy cercana a la de los niños pequeños, y que igualmente tendría poco léxico. Realmente eso no sería relevante para mí. Me gustaría escucharlo decirme algo o que responda algunas de mis muchas preguntas. Sé que sabe lo que le digo y de alguna manera creo que él también me dice cosas... Con la mirada me ha indicado cuando quiere algo, con los ladridos otras cosas. No obstante, no me basta. Deseo escuchar de él palabras, aunque sea solo una. A la par, sé que si algún día de verdad llego a escuchar su voz comunicándome algo en mi idioma, me asustará... pero estoy dispuesta a correr el riesgo.

Sé que no soy la única con este deseo, pues al encontrar perros parlanchines en los libros, me doy cuenta de que muchas más personas han necesitado esto y, al no conseguirlo, los han creado al menos en una hoja de papel.

Por alguna extraña razón, los perros que hablan en ilustraciones, caricaturas, películas o series no me causan ninguna impresión. He crecido viendo ese tipo de personajes que, a estas alturas, me resultan irrelevantes. Ver a animales hablar en estos formatos es casi como no verlos. Hace poco tiempo en Tik Tok se puso de moda hacer videos caseros grabando a perros haciendo cualquier cosa mientras sus dueños, a la par, narran una supuesta aventura del can con una voz chistosa. Al inicio me pareció ingenioso, hubo algunas cuentas que comencé a seguir solo por eso, puesto que había algunas historias contadas tan perspicazmente que me convencían por unos minutos de que realmente el que hablaba era el animal. No obstante, debido al éxito de este tipo de narraciones, cada vez hay más contenido así, que ahora me parecen carentes de sentido e incluso molestas.

En Facebook, hace ya varios años que pertenezco a una comunidad que se llama Grupo Donde Fingimos Que Somos Perritos. Aunque en un inicio era divertido, pues se solían saludar con “olidas de cola” y cosas por el estilo, actualmente es más un espacio de memes sobre perros que otra cosa. Y claro, generalmente en los memes los protagonistas son perros que hablan. El mundo actual está lleno de perros parlanchines, por lo mismo, ya no todos resultan de trascendencia.

Por otro lado, en las páginas de algunos libros he encontrado algo que cumple más cercanamente mi fantasía, pues ahí he hallado el tipo de diálogo que me gustaría tener con un perro, es decir, desde su particular punto de vista, pero también con dignidad léxica y cognitiva y no solo como un instrumento para generar diversión a los humanos. En este sentido, me parece hallar en los perros que he coleccionado una reflexión muy interesante sobre el lenguaje, el pensamiento, la filosofía y otros asuntos.

No Son Mudos

¿Por qué queremos que los perros hablen? ¿O qué queremos que nos digan? ¿Desde cuándo los seres humanos sentimos esta necesidad? Esta última cuestión quizá sea la más fácil de responder, pues, por lo que alcanzo a ver en mi colección de perros parlanchines, la necesidad se remonta al menos a 1613, que es cuando se publicó originalmente *El coloquio de los perros*. El qué y el por qué tenemos este deseo es más complicado de explicar.

Podemos iniciar con las deducciones aristotélicas del *anima* o alma, y recordar que, para el filósofo helénico, la vida es el alma, es decir, son sinónimas. Aristóteles dice que se trata de “una substancia en el sentido de un 'logos' es decir el 'to ti en einai' (quididad) de un cuerpo de cualidad determinada”, es decir, la vida en los vegetales está representada en su capacidad de crecer y nutrir; en los animales es su capacidad de sentir, es decir, su alma está en el tacto, mientras que los seres humanos somos los únicos con intelecto. Aunado a esto, para este pensador, el intelecto es superior al tacto. Entonces, desde los orígenes de la cultura occidental, se ha considerado que el intelecto es una cualidad que pertenece solo a los seres humanos y que esta significa supremacía sobre otras especies vivas, por lo que durante mucho tiempo se creyó que los animales ni siquiera eran capaces de pensar, mucho menos de tener un lenguaje con los de sus estirpes.

Durante el siglo XX, Jean Piaget, uno de los más destacados estudiantes del pensamiento humano, con una evidente postura aristotélica indicó que el lenguaje es un factor que influye en el desarrollo intelectual del ser humano; aunque para él la fuente de operaciones mentales no está en el lenguaje, sino en el desarrollo de cuestiones sensoriales y motoras: “las operaciones intelectuales son acciones internalizadas y reversibles, pero acciones al fin”. Según Piaget, los seres humanos tenemos una etapa de pensamiento representativo, es decir, comenzamos a representar el mundo asociando imágenes con palabras, por lo que indica que el lenguaje escrito se desarrolla a la par de la representación, aunque la finalidad es que, junto con el hablado, construyan símbolos. En este sentido, apunta que “la imagen mental no es ni un elemento del pensamiento ni una continuación directa de la percepción: la imagen es un símbolo del objeto que aún no se manifiesta a nivel de la inteligencia sensorio-motriz”, es decir, de manera individual interiorizamos una imitación de los objetos de la realidad con nuestros recursos físicos.

Posteriormente, se ha estudiado que todas estas condiciones también son cumplidas en los animales, idea que ha sido defendida principalmente por Lev Vigotsky y Wolfgang Köhler: “En los animales, el lenguaje y el pensamiento brotan de raíces diferentes y se desarrollan en diferentes líneas”, indica el primero, quien

también defiende etapas pre-lingüísticas en el desarrollo del pensamiento y fases pre-intelectuales en el del habla.

Luego de estas aportaciones, podemos caer en uno de los debates más antiguos: si el lenguaje se adquiere por el ambiente o si lo desarrollamos porque es parte de nuestra genética. Para Noam Chomsky, el lenguaje no es algo que adquiramos de manera cultural, sino que forma parte de nuestra biología y se desarrolla a partir de procesos madurativos, por lo que el ambiente solo es un catalizador. No obstante, Vigotsky defiende que el lenguaje humano ha logrado desarrollarse a partir de sistemas de comunicación animal más primitivos. En otras palabras, en el reino animal, el lenguaje humano es el más complejo debido a las condiciones de aprendizaje intelectual que los humanos desarrollamos.

Al respecto, se ha creado la teoría de la continuidad, que explica que el lenguaje depende, es parte integrante y producto de las capacidades cognitivas humanas, lo cual permite la posibilidad de que haya ciertas similitudes en los lenguajes de algunos animales.

En el diálogo de Cipión y Berganza, los perros parlanchines de Cervantes, aunque ambos se asombran de poder hablar, puesto que consideran el habla como un instrumento del intelecto y ellos no creen poseerlo, también llegan a la conclusión de que si pueden hacer uso de la palabra es porque han podido imitar a sus amos y a los humanos que les rodean. Al ser *El coloquio de los perros* una novela ejemplar, puesto que ofrecía ciertas enseñanzas, quizá la charla entre los dos perros intente mostrar lo que podemos aprender de personajes que, para la época de Cervantes, eran considerados de rangos inferiores. Es decir, funcionan como una alegoría de gente marginada, es decir, de quienes no eran considerados en su sociedad, en otras palabras, gente igual de silenciada que perros.

Jean Aitchison dice que llegar al descubrimiento de que los animales hablan, aunque no sea de la misma manera en que lo hacemos los humanos, tampoco es una gran hazaña, puesto que como seres humanos nadamos y eso no explica el nado de las ranas o los peces; no obstante, el que aún no se sepa que otros animales hablan nos hace caer en una suerte de exclusividad e, inconscientemente, de superioridad respecto de otras especies.

Cuando Ozzy llegó a mi casa, era un cachorro de apenas tres meses, cabía perfectamente en el cuenco de una de mis manos, pero algo me llamaba sobre todo la atención: a diferencia de otros perros, aunque este demostraba miedo ante el nuevo hogar, no soltó un solo ladrido durante más de un mes. Eso me causó preocupación, por lo que me acerqué a un amigo que es veterinario para preguntarle cómo era posible saber si mi perro era mudo. “No existen los perros mudos”, me respondió.

Al respecto, Ildelfonso Gómez Herrera explica que, durante la conquista española en tierras americanas, Cristóbal Colón y sus secuaces “se encontraron con que los perros que había en el lugar no sabían ladrar: solo gruñían” y apunta que esto no se debe a un problema genético o enfermedad, sino que hay razas que no cuentan con esa habilidad. Según algunos cronistas de ese período, se trata de “un peludo elegante, de pelo corto y con la cabeza muy alta” y según leí en algunos portales de Internet, se debe a que no tuvieron antepasados que les enseñaran a ladrar... En ese sentido, en el lenguaje de estos animales también es importante la imitación y la enseñanza que se transmite entre la comunidad, como funciona entre humanos. Y a diferencia de los casos humanos en lo que, cuando nos quedamos sordos, dejamos también de usar el habla, por la información que hay en la red, parece ser que los chuchos, cuando pierden el sentido del oído, siguen ladrando, aunque en menor intensidad, lo cual hace pensar, más que nada, en una respuesta instintiva o por acto reflejo.

Entonces, los perros mudos como tal no existen, sino que, según entiendo, cuentan con dos tipos de códigos de comunicación: ladridos y gruñidos. Mientras que los gruñidos parecen ser parte de su código, independientemente de su condición física o comunitaria, el ladrido tiene un significado de mayor jerarquía.

Para Dereck Bickerton hay diferencias entre el lenguaje humano (y sus palabras) y las señales de los simios vervets u otras especies: no cuentan con elementos gramaticales o de sintaxis;

los animales no tienen palabras, sino llamadas, pero las llamadas no se pueden hacer para cualquier cosa de la que no haya evidencia sensorial; las llamadas no pueden ser utilizadas en ausencia física de los objetos a los que hacen referencia; asimismo, el lenguaje humano es componencial mientras que las llamadas y los signos animales no pueden descomponerse en partes constituyentes.

Y bueno, luego de todas estas complejas ideas, lo que puedo agregar es que, en las teorías filosóficas y lingüísticas también está presente la necesidad de saber si los animales son o pueden ser igual que los seres humanos, y que el lenguaje o el pensamiento son el medio por el cual se podría mostrar o lograr dicha igualdad. Es decir, el lenguaje de un perro, como una demostración del pensamiento, nos podría poner en un mismo nivel y, creo que, a final de cuentas, ese es el verdadero deseo, quizá no que hablen, sino que sean como nosotros, y que la realidad sea más compleja, que exista algo más que el pensamiento humano, algo que sea revelado por fin, y, así, sentir el alivio de conocer otras voluntades y necesidades.

Hasta 92 Palabras

“Escúchame, Medji: ahora estamos solos; si quieres, hasta puedo cerrar la puerta para que nadie nos vea. Anda, cuéntame todo lo que sepas sobre tu señorita: dime cómo es, y yo te juro que no se lo diré a nadie”, pide el narrador de Gogol a la perrita de la mujer de la que está enamorado, y que, de alguna manera, en ese fragmento, representa no solo a todos quienes deseamos escuchar a nuestra mascota, sino también a quienes desean hallar algo más en el mundo: lo oculto, lo prohibido, pues, aunado a esto, hay otra cuestión con el asunto de que los perros hablen: ¿qué dicen?

Según la generalidad de los estudios sobre la comunicación humana, se define esta como un acto de relación humana en el que dos o más participantes intercambian un mensaje mediante un lenguaje, o bien, que es una forma de expresión. Bajo esta premisa, se ha defendido que la comunicación solo es posible en humanos dado que somos los únicos seres sobre la Tierra con la conciencia necesaria para generar relaciones complejas entre nosotros, las cuales, por ende, generan mensajes cada vez más complejos. Quizá sea sencillo explicar sin un lenguaje intelectual que tenemos frío o hambre, incluso emociones como la tristeza o el enojo. No obstante, ¿cómo hacemos para definir un sentimiento tan complicado como el amor o un proceso como el duelo? Aún quienes lo hemos experimentado no logramos dar con el lenguaje exacto al momento de querer hacer ver a nuestra pareja que la amamos o a nuestros amigos que están pasando por la muerte de un ser querido lo mucho que lo sentimos.

En ese sentido, ¿cómo lo podrían hacer los perros? ¿En caso de que alguna vez logran hablar, podrían hacerlo como humanos? La relación que tenemos con los perros no es precisamente igual a la que se tiene con otro humano, en primer lugar porque no son humanos y no tienen el conocimiento que se requiere sobre el ser humanos en sí, y en segundo lugar porque generalmente los tratamos con condescendencia cuando son nuestras mascotas y con crueldad cuando no. Así que no creo que, al desarrollar un lenguaje, pudieran generar mensajes exactamente iguales a los nuestros. Sin embargo, hay algunas consideraciones que vale tomar en cuenta.

En Tik Tok, hace poco un perro ganó fama debido a que se comunica por medio de un tapete en el que hay un tablero de sonido hecho de botones circulares, de los que cada uno significa una palabra. Este perro se llama Bunny, y según explica Alexis Devine, su dueña, es capaz de “decir” hasta 92 palabras. No obstante, también ha ocasionado preocupación debido a que, según algunos analistas de los videos de este animal, al parecer ha desarrollado cierta autoconciencia, puesto que se le puede ver que responde “ayuda” cuando le muestran su imagen ante el espejo.

Henning Mankell, en *Arenas Movedizas*, dice que los animales no tienen conciencia, y lo ejemplifica con el tiempo, pues indica que para ellos el tiempo no existe, no los dominan las horas, los días, los años, y por ende no viven una vida circular, no saben que su vida transcurre, como igualmente no tienen conciencia de otras cosas. ¿Qué pasa entonces con Bunny? Hay quienes dicen que los videos de este perro son editados por sus dueños y que seguramente le indican antes de cada grabación lo que debe hacer.

Sea como fuere, en los perros de mi colección todos tienen conciencia tanto de su lenguaje como de sí mismos, como la tendría un ser humano. En los textos seleccionados, los perros saben del tiempo, de la vida, de los seres humanos y se comportan como uno aun siendo animales e incluso con conciencia de que son animales. Creo que esta postura es la más cómoda para todos los escritores, pues sugiere una relación de iguales entre seres humanos y animales. No obstante, vale la pena detenerse a pensar en ello.

Los Más Cínicos

Para hablar de voluntad y necesidad, hay que detenerse a revisar un poco del movimiento filosófico de los cínicos. Lo que se sabe es que el vocablo griego κύων, κυνός, significa 'perro'; de donde se entiende que κυνικός sería traducido como 'propio de un perro'. Según Cristóbal Macías en la cultura griega antigua "el perro era tenido por animal impúdico y era normal aplicar el calificativo de «perro» a la persona que por razones diversas conculcaba las normas más elementales del respeto y de decencia".

A los cínicos se les asociaba con los perros por su modo de vida, que consistía en un modo precario: comer y beber lo que se hallaban y vivir en plena calle; hasta donde se sabe, Diógenes de Sínope, que fue el más famoso defensor de este pensamiento, vivía en un tonel en una plaza pública. También se les relaciona con perros porque, según se ha dicho, estos filósofos ladraban a los extraños, mientras que con quienes consideraban de respeto eran dóciles y fieles.

No obstante, Cristóbal Macías indica que también se debe a que "en el mundo griego el respeto y la vergüenza (αἰδώς), junto con el sentido de la justicia (δικαιοσύνη), constituían el fundamento de la comunidad cívica humana, de modo que si el hombre careciera de ambos sentidos la sociedad humana sería imposible, cayendo éste en el salvajismo y la bestialidad". En ese sentido, los cínicos resultaban una amenaza anarquista para la sociedad helénica.

Todo esto es relevante dado que, en primer lugar, resulta una de las evidencias más antiguas de que los seres humanos también hemos buscado parecernos a los perros, no en un sentido físico y material, sino en conducta. Para Diógenes, por ejemplo, el de los perros resultaba un modelo de vida superior al de los hombres de la sociedad griega antigua, en la que veía una sobrada hipocresía. Para él, los perros eran mucho más honestos y sensatos en su modo de vida.

Recordemos lo importante que era el lenguaje para la cultura grecorromana, pues solían llamar bárbaros a quienes no hablaban griego o latín, es decir, el lenguaje era no solamente una cuestión intelectual, sino motivo de segregación e incluso motivo de diferencias o desavenencias bélicas. En ese sentido, los cínicos eran unos verdaderos rebeldes al posicionar los ladridos por encima de la lengua.

"¿Al murmurar llamas filosofar? ¡Así va ello! Canoniza, canoniza, Berganza, a la maldita plaga de la murmuración, y dale el nombre que quisieres, que ella dará a nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya y sigas tu historia", pide Cipión a Berganza cuando esta tiene uno de sus varios desvíos al relatar los sucesos de su vida, en otras palabras, le advierte de la utilidad que la filosofía puede tener siempre y cuando no caiga en murmuraciones, puesto que a ellos les llamarán de cualquier forma murmuradores, y esto es

importante, puesto que para Cervantes los límites entre murmurar e incordiar eran frágiles, y prefería evitar ambas cosas.

Para Giovanni Previtali-Morrow, “el perro Berganza es un disfraz tras el cual se esconde la figura del mismo Cervantes, su vida de perro es la vida del propio autor y la conversación que sostiene con Cipión es una dialéctica sobre el arte de escribir” y que los perros tienen mejor juicio que los humanos.

En segundo lugar, que los seres humanos intenten imitar a los perros implica aceptar que los perros tienen un lenguaje propio, que no está precisamente constituido de palabras, sino de acciones que se llevan a cabo por voluntad y necesidad, aunque sea de manera instintiva. En ese sentido, la imitación lleva en sí el aprendizaje que reconocemos a partir de la cercanía con ellos, y finalmente termina por revelarnos a nosotros también, es decir, nuestros propios hábitos y lenguajes replicados, aunque sea mínimamente por los perros. Además, el hecho de que escribamos sobre perros que hablan, también dice mucho de nuestros procesos de empirismo y deducción sobre los comportamientos y ladridos de chuchos.

Y en tercer lugar, querer ser o comportarse como perro implica también un rechazo a la raza humana, proponiendo, quizá de manera inconsciente o simplemente satírica, que los humanos somos más animales que los animales, no en el sentido de civilidad, sino en sentido común, en afectos y valores.

¿Estamos Locos?

Los perros habladores en la literatura aparecen no solo en los que yo tengo en mi colección; hay muchos más, no obstante, la diferencia es que los míos son solamente perros habladores, es decir, en la literatura hay, por ejemplo, perros que se convierten en humanos, como el Dennis de Boris Vian en el “Lobo-hombre”, y que, una vez completa la metamorfosis, suelen rechazar la forma humana; sin embargo, aunque en los míos hay algunos que pudieron ser seres humanos antes, fueron convertidos en perros sin que quede del todo claro el cómo ocurrió eso y, más que nada, queda en duda si de verdad fueron humanos. Por ejemplo, en la novela de Cervantes, se sugiere que Cipión y Berganza fueron seres humanos que de una manera mágica o misteriosa se convirtieron en perros, particularmente Berganza narra que una hechicera causó que una mujer humana pariera perros, entre ellos al ya mencionado, no obstante, la autobiografía que ofrece Berganza siendo perro es extensa y detallada, por lo cual considero que es más perro que humano.

Por otro lado, en mi repertorio hay también unos perros de los que resulta ambigua su condición de parlantes debido a que quien narra la historia es un humano que, dicho sea de paso, no se encuentra dentro de sus cabales, como ocurre en “Dario de un loco”, de Gogol, en el que quien descubre que la perrita Medji habla es un hombre que confiesa que “desde hace algún tiempo a veces oigo y veo unas cosas que nadie vio ni oyó jamás”. Sin embargo, y aunque el título del cuento parece dejar claro que no se trata de algo que pueda narrar alguien cuerdo, la locura de este narrador es cuestionable, dado que sus apuntes sobre la realidad en realidad son una sátira: “sospeché desde hace tiempo que los perros son mucho más inteligentes que las personas, y que incluso pueden hablar; sólo que son bastante tercos. El perro es un verdadero político: todo lo nota, no se le escapa ni un paso del hombre”, apunta el personaje en su diario. Además, durante toda la narración hace variadas críticas a la sociedad burguesa rusa decimonónica, sobre todo al indicar que los perros también pueden escribir: “La carta estaba redactada muy correctamente en cuanto a la puntuación y ortografía. Ni nuestro jefe de sección sería capaz de hacer otro tanto, aunque asegura haber estado estudiando en una universidad”.

La locura de este hombre comienza a ser más evidente luego de que en las cartas de la perrita Medji descubre que la mujer de la que está enamorada lo aborrece, que se burla de él y lo considera feo. A partir de ese punto, el que escribe el diario cuestiona cada vez más su realidad hasta el punto de crear una nueva, en la que, incluso, una persona como él, puede llegar a ser rey de España. Sin embargo, también pareciera que, a la vez que la locura va arrasando con la mente del narrador, también encuentra una visión más clara del mundo:

¡Hoy es un gran día! ¡En España hay un rey! ¡Por fin ha sido encontrado! Y este rey soy yo. Reconozco que al parecer me ha iluminado un rayo. No comprendo cómo pude pensar e imaginarme que era un consejero titular. ¿Cómo pudo ocurrírseme una idea tan loca? Menos mal que entonces no se le antojó a nadie meterme en una casa de locos. Ahora me ha sido revelado todo, ahora lo veo todo con claridad. Antes no comprendía, antes diríase que todo lo que veía estaba sumido en la niebla. Todo esto sucede, creo yo, porque la gente se imagina que el cerebro de una persona está en su cabeza; pero no es así, es el viento quien lo trae del mar Caspio.

Conforme avanza la locura, el mundo es más fácil de apropiarse y sobrellevar... ¡Y todo gracias a que tuvo la capacidad de escuchar hablar y de leer las cartas de una perra! Es entonces cuando el lenguaje perruno resulta no solamente interesante, sino un verdadero factor que influye sobremanera en la mente humana, al grado de elevarla a un nivel de consciencia superior al humano.

Uno de mis perros favoritos de la compilación, que es el que inventó Orhan Pamuk, cuenta la historia de un hombre:

Este maestro Husret se enrabió hasta el punto de afirmar arrojando espuma por la boca, oh fieles, que tomar café era pecado. Nuestro Profeta no había tomado café porque sabía que entorpecía la mente, que ulceraba el estómago, que producía hernias y esterilidad y porque había comprendido que el café era un producto del Diablo. Además, los cafés son lugares donde los concupiscentes y los ricos que buscan el placer se sientan codo con codo y donde se realizan todo tipo de inmoralidades, así que habría que cerrar los cafés antes incluso que los monasterios. ¿Tiene el pobre dinero para pagarse un café? La gente va a los cafés, se embriaga con café, pierde la medida de tal manera que escucha a perros creyendo en serio lo que dicen; pero perro es el que blasfema contra mí y nuestra religión. Todo eso decía el maestro Husret.

En otras palabras, este perro nos señala que escuchar hablar a perros es una desobediencia como lo es tomar café, de ahí que, líneas antes nos advierta que:

soy un perro y vosotros, que no sois criaturas tan racionales como yo, os estáis diciendo que los perros no hablan. Pero, por otro lado, dais la impresión de creer en cuentos donde los muertos hablan y los héroes usan

palabras que jamás sabrían. Los perros hablan, pero sólo para el que sabe escucharlos.

Esto me lleva a pensar en las ideas más difundidas de la locura en la historia, pues, desde Erasmo de Rotterdam hasta Michel Foucault, la locura ha sido considerada un estado en el que nadie quiere caer, no solo por una cuestión de salud, sino porque conlleva consigo la segregación, es decir, a los locos, desde antaño, se les encierra en lugares específicos; es sabido que en la Ciudad de México, durante los años de la Colonia, se encerraba a los que se vagaban por la ciudad haciendo cosas irreverentes (como andar desnudos, hacer sus necesidades en público, decir groserías en voz alta a los transeúntes y pernoctar en las calles), no como una medida de cuidado, sino para esconderlos y para que no dieran una mala impresión ante los medios de comunicación o los extranjeros. En otras palabras, la locura se ha asociado siempre con comportamientos que han sido rechazados por su irreverencia ante la norma.

En ese sentido, resulta curioso que, mientras en la antigua Grecia, los Cínicos fueran considerados filósofos porque se comportaban de una manera opuesta a las costumbres sociales tradicionales, aunque de hecho se esmeraban por ser lo más caninos posible, mientras que desde el Medievo y hasta la actualidad, quienes más desafían el *status quo* son relegados y etiquetados como enfermos mentales que deben ser apartados del resto de la sociedad.

De esa manera, cuando se ha buscado segregar a alguien, se utiliza la locura como un adjetivo que descalifica, tal es el caso de las mujeres, pues cada que alguna se comporta de una manera diferente a la esperada desde los estereotipos de género, se le suele tildar de loca. Las consecuencias de esto se manifiestan en que, al temer ese destierro, muchas solemos callar ante las injusticias y los abusos, puesto que ser llamadas locas no solamente desmotiva, sino que realmente conlleva castigos, como no ser tomadas en cuenta ni en serio. Particularmente, en el caso de las mujeres, la locura ha sido una herramienta que se ha utilizado para desprestigiar nuestro pensamiento y actitudes, y también como una arma de manipulación, pues ahora que han salido a la luz las diversas formas de violencia que se ejercen, sabemos que la llamada “luz de gas” es un mecanismo que permite a los agresores hacernos sentir y creer que efectivamente estamos locas. Así, la locura en las mujeres es diametralmente diferente a la locura en los hombres.

En el cuento de Gogol, la locura esté asociada con los perros, es decir, que un síntoma de locura sea escuchar hablar los perros. A diferencia de, por ejemplo, “No oyes ladrar los perros”, de Juan Rulfo, cuento en el que el significado de un ladrido de perro es meramente una metáfora que encierra la idea de haber llegado al hogar o a un lugar seguro. En “Diario de un loco”, el protagonista de Gogol no escucha

ladrar a Medji, sino que la escucha hablar y posteriormente descubre que también sabe escribir como lo hacen los humanos, e incluso de mejor forma. Además, como ya comenté anteriormente, la locura en este personaje en realidad es solo un portal para descubrir una verdad superior.

En el *Elogio de la locura*, Rotterdam intenta convencer al mundo de que la insensatez, la estulticia o la locura son el origen de todas las bondades, diversiones y deleites del ser humano; idea que resulta coincidir con el pensamiento de los Cínicos; y nuevamente encontramos la evidente diferencia entre la locura de hombres y mujeres: para los cínicos y para Rotterdam resulta incluso una virtud. De ahí que los perros y la locura aparezcan unidas en este punto, pues en los canes que me interesan es visible un ensalce de sus cualidades, particularmente las intelectuales, razón por la que resulta una locura que estos animales sean más inteligentes y mejor portados que los humanos, pues, a la par, desvela la locura en la que realmente vivimos como cotidianidad los que nos decimos con raciocinio.

Si hay un punto donde el lenguaje y la locura se rozan de manera más inquietante, es precisamente en ese instante en que algo comienza a significar de más. No cuando falta el sentido, sino cuando sobra. Cuando una palabra deja de ser solamente una palabra y empieza a abrir posibilidades que desbordan lo esperado. En esa fuga del significado es donde históricamente hemos situado la locura.

Porque la locura, más que una ausencia de razón, ha sido entendida muchas veces como una alteración del lenguaje. No es casual que uno de los síntomas más recurrentes que se le atribuyen sea el hablar “sin sentido”, el decir cosas que no encajan, que no siguen la lógica establecida, que no obedecen a la coherencia que el discurso social exige. Pero ¿qué ocurre cuando ese “sin sentido” en realidad revela otra forma de sentido?

En el caso del personaje de Gogol, escuchar hablar a los perros marca el inicio de su desajuste con la realidad compartida. A partir de ese momento, su lenguaje comienza a desplazarse, a adquirir una lógica propia, interna, que poco a poco se separa de la de los demás. Pero es interesante notar que, en un inicio, ese desplazamiento no es del todo absurdo. Sus observaciones sobre la sociedad, sobre las jerarquías, sobre el comportamiento humano, tienen una agudeza que incluso podría considerarse lúcida. Es como si la locura no anulara el pensamiento, sino que lo llevara por un camino distinto. Esto nos obliga a cuestionar si la locura está realmente en lo que se dice... o en la imposibilidad de los otros para seguir ese discurso.

Michel Foucault propone que la locura no es una condición natural que simplemente se descubre, sino una construcción social que se define a partir de normas. Lo que en un momento histórico se considera razón, en otro puede ser visto como delirio. En ese sentido, el lenguaje juega un papel fundamental: es el instrumento mediante el cual se delimita lo aceptable de lo inaceptable. Hablar “bien”, hablar “correctamente”, hablar “con sentido”, no son solamente habilidades, sino formas de pertenecer a una comunidad. Quien se sale de esas formas queda, de alguna manera, fuera.

Escuchar hablar a un perro implica, entonces, una ruptura radical con esas normas. No porque sea imposible imaginarlo —la literatura lo ha hecho una y otra vez—, sino porque aceptar esa posibilidad en la realidad implicaría modificar profundamente nuestra concepción del lenguaje, del pensamiento y de la jerarquía entre especies. El loco, en este caso, no es solamente quien escucha, sino quien está dispuesto a otorgarle sentido a aquello que el resto considera imposible. Y ahí aparece una tensión interesante: el lenguaje como frontera.

Por un lado, el lenguaje nos permite comunicarnos, construir comunidad, compartir experiencias. Pero, por otro, también funciona como un mecanismo de exclusión. Quien no domina el lenguaje “correcto”, quien no se expresa de acuerdo con las normas, quien dice cosas que no encajan, es fácilmente marginado. La locura, en ese sentido, puede entenderse como una forma de exilio lingüístico. El loco habla, pero su palabra no es reconocida como válida.

Esto resulta particularmente inquietante cuando pensamos que, en muchos casos, lo que se dice desde la locura no es completamente ajeno a la realidad. Más bien, parece exagerarla, deformarla, llevarla al extremo, como si el lenguaje, al perder sus límites convencionales, dejara ver algo que normalmente permanece oculto.

Volviendo a los perros, resulta significativo que en muchas narraciones el hecho de que hablen esté vinculado con una revelación. No dicen cualquier cosa. No se limitan a repetir lo que los humanos ya saben. Por el contrario, suelen señalar contradicciones, hipocresías, aspectos incómodos de la vida social. En ese sentido, el perro parlante funciona casi como una figura liminal, situada entre lo humano y lo animal, entre la razón y la locura. Escucharlo implica aceptar esa incomodidad, pero también implica asumir el riesgo de ser percibido como alguien que ha perdido el juicio.

Quizá por eso, en la vida cotidiana, preferimos mantener a los perros en el silencio de los ladridos. Traducimos sus gestos, interpretamos sus necesidades, pero no les otorgamos una voz propia en el mismo nivel que la nuestra. Hacerlo implicaría abrir una grieta en la estructura misma del lenguaje humano. Implicaría aceptar que no somos los únicos que significamos el mundo de manera compleja. Y eso desestabiliza.

La locura aparece entonces como un espacio donde esa desestabilización se vuelve evidente. Donde el lenguaje deja de ser una herramienta de orden y se convierte en un territorio incierto, cambiante, difícil de controlar. El loco no necesariamente deja de hablar; más bien, habla de otra manera. Una manera que puede resultar incomprensible para los demás, pero que, desde su propia lógica, tiene coherencia. Esto nos lleva a otra pregunta: ¿qué tan firme es realmente la frontera entre razón y locura?

Si el lenguaje es uno de los principales criterios para trazar esa frontera, entonces basta con que el lenguaje se desplace un poco para que esa división comience a tambalearse. Un cambio en la entonación, en la asociación de ideas, en la forma de construir las frases, puede ser suficiente para que alguien sea considerado fuera de la norma. No obstante, en algunos momentos, muchos experimentamos pequeñas fisuras en nuestro propio lenguaje: pensamientos que no logramos articular del todo, asociaciones inesperadas, palabras que se nos escapan o que no alcanzan a decir lo que queremos. Momentos en los que el lenguaje parece insuficiente, inestable, incapaz de sostener la experiencia. En esos instantes, aunque sea de manera mínima, nos acercamos a ese territorio que solemos llamar locura. A diferencia de quien es etiquetado como loco, nosotros hemos podido regresar. Aún...

En ese contexto, escuchar hablar a un perro podría ser entendido no solo como un signo de locura, sino como un síntoma de una relación distinta con el lenguaje. Una relación menos rígida, menos sujeta a las normas establecidas, más abierta a la posibilidad de que el sentido no sea único ni definitivo, pues, al menos por un momento, nos permite sospechar que aquello que llamamos realidad no es tan fija como creemos.

El Mejor Amigo del Hombre

Ahora bien, hasta el momento solamente he dedicado mi reflexión a cuestiones relacionadas con la parte intelectual de mis perros. Pero creo que el hecho de que queramos que hablen no solamente tiene que ver con eso, sino también con lo emocional. Es decir, hay algo más allá e incluso mucho más importante que hallamos en los perros, incluso en los que no hablan, que nos dice, aunque sea sin palabras, mucho más de ellos y que a los seres humanos nos ha interesado desde siempre: la fidelidad. Así que en este tema entran aquellos perros de mi repertorio que simplemente pueden pensar y hablar como humanos, sin que haya una explicación sobre cómo lograron esta capacidad.

Empecemos por explicar que la fidelidad, pues, como concepto, está íntimamente ligada a la religión. Según su etimología latina, *fidelitas* significa “cualidad relativa a la lealtad, o la fe”. *Fides*, a su vez, se traduce como confianza. En ese sentido, aunque “lealtad” tiene sus orígenes en *lex, legis*, ley, en la fidelidad se le asociada a la fe casi como equivalente. Esto quiere decir que ser fiel es, por una parte obedecer la ley o norma, y por la otra confiar en esa ley. Todo ello se debe entender en el contexto socio-político de las antiguas Grecia y Roma, que es de donde provienen dichos vocablos, y con base en que la cultura occidental está fundamentada en principios burgueses y religiosos, por lo que vale señalar que la fidelidad, hasta nuestros días, se usa para unirnos a compromisos o promesas, a no romper con estos y a mantenernos en ello pase lo que pase.

Desde luego que, si leemos esto lisa y llanamente, hallaremos aquel mundo antiguo, en el que los reyes o emperadores creaban o borraban leyes a conveniencia, o en el que se postularon ideas religiosas como verdades únicas e irrevocables, y que la población común no podía cuestionar, quizá nos parezca que la fidelidad no es más que un mecanismo de control. Probablemente lo sea. Sea como fuere, es también la cualidad más elevada con la que comúnmente asociamos a los perros.

Hace ya muchos años, una de mis ex parejas al escuchar lo que esperaba de él me dijo que lo que yo necesitaba no era un hombre, sino un perro. Disponibilidad, atención, afecto y fidelidad fueron las palabras que salieron de mi boca. El asunto ahí no era solamente que él no estuviera de acuerdo en ofrecerme lo mínimo indispensable en una relación de pareja, y que yo debí salir huyendo de su compañía en ese momento (cosa que no hice), sino que para él, como para muchas personas, todo ello no forma parte de las virtudes humanas, sino solamente de los perros y, a su vez, que, al no ser humanos, en ellos es lo que debe ser.

Me gustaría indicar una breve incoherencia en las asociaciones de valores históricas que se hacen con los perros: si se comportan mejor que los humanos entonces son más valiosos; pero si tienen cualidades que los humanos queremos que otros

humanos tengan son repudiados porque entonces los humanos no quieren ser perros. Es decir, filosóficamente o cínicamente está bien, solo en la teoría, pero en la práctica no. Creo que esto tiene que ver con los orígenes del vocablo, es decir, todos queremos ser amos y beneficiarnos de la fidelidad, pero no todos quieren ser el que obedece y debe ofrecer fidelidad.

Cuando leí “La noche del perro”, de Francisco Tario, al conocer al triste perro que ve a su amo morir sin poder hacer nada por él más que compadecerse y temer, encontré la vulnerabilidad en uno de sus puntos más álgidos. Este perro depende totalmente de un amo que ya no podrá cuidarlo, por ello, quedará en el más terrible desamparo, no obstante, también es visible que Teddy, aún en compañía de su amo, siempre está desamparado: “mientras escribe, me acurruco entre sus pies y no oso respirar; mientras duerme, yo duermo; cuando no come, no como yo tampoco; cuando sale a pasear, lo acompaño siempre”, y aunque el amo cuando bebe alcohol golpea a este can, Teddy se convence: “ámalo, ámalo aunque te duelan los golpes”. ¿Quién no se beneficiaría de una compañía así, de ser amado y cuidado sin tener que amar y cuidar?

Históricamente, las mujeres hemos asumido un papel semejante al de los perros fieles. Javier de Viana, en el cuento “Los amores de Bentos Sagrera”, relata la historia de un terrateniente que, aunque casado, tiene una amante de la que quiere deshacerse. Al referirse a esta segunda mujer, el autor se vale de una peculiar alegoría:

Lo peor era que aquella condenada mujer me había ganao el lao de las casas, y cuando, muy aburrido, le calentaba el lomo, en lugar de enojarse, lloraba y se arrastraba y me abrasaba las rodillas y me acariciaba, lo mismo que mi perro overo Itacuaitiá cuando le doy unos rebencasos. Más le pegaba y más humilde se hasía ella; hasta que al fin me entraba lástima. Y la alsaba y la acarisiaba, con lo que ella se ponía loca de contenta. ¡Lo mismo, esatamente lo mismo que Itacuaitiá!...

En este tenor, mujer y perro están íntimamente unidos en su cualidad de fieles y, por ello, resultan objetos de manipulación, odio e incluso abuso. En aquellos a los que los seres humanos mandan, sobre los que recae el peso de la fidelidad, resultan, irónicamente, repulsivos. Así, aunque pareciera que enaltecemos la fidelidad de los perros como una de sus características más apremiantes, en realidad es esto lo que los hace carecer de valor. No es casual que sea un hombre el amo de Teddy. Otro ejemplo de esto es Laska, la perra del personaje de Tolstói, pues es fiel a su amo, ante el que siempre se muestra obediente y sumisa; cuando este le ordena recoger las aves que ha cazado, ella la encargada de la búsqueda y

de la colecta. Mister Bones bien puede ser la excepción, pues en la novela de Paul Auster, este perro es tratado como un buen amigo de Willy G. Christmas, quien pasa la gran parte de la novela realmente buscando un nuevo hogar para el perro, pero tampoco es casual que con quien planea dejarlo es con una mujer.

En *Flush*, de Virginia Woolf, el perro de dicho nombre, criado por una mujer, Elizabeth Barrett, se muestra fiel, y esta le trata con retribución. Resulta particularmente emotivo cuando, después de que Flush ha sido secuestrado por una banda de maleantes, luego de que piden una cantidad exagerada de dinero por el rescate del animal, y ante la negativa de la familia de Barrett de pagar esa cantidad por un perro, Barrett se mantiene firme en la lealtad a su mascota y logra volver a tenerlo en casa, donde Flush recupera peso y salud comiendo y durmiendo como cualquier buen burgués.

El perro que crea Orhan Pamuk, que además es el dibujo de un perro, al hablar sobre las diferencias entre los perros de Occidente y Oriente, critica que en otros países de Europa se les vista y se les deje vivir adentro de las casas, y, en comparación, señala que:

No son cosas que los francos puedan comprender el que los perros paseemos en manadas y gavillas por las calles de nuestro Estambul, que cortemos el paso a placer sin conocer dueño ni amo, que nos acurruquemos en el rincón caliente que más nos apetezca, que durmamos como troncos a la sombra, que caguemos donde queramos y que mordamos a quien queramos.

Y tiene razón. Los perros que no han sido domesticados aún no resultan del todo del agrado de la raza humana. No me equivoco al decir que incluso nos causan miedo y los evitamos. Los perros callejeros en México, por ejemplo, resultan ser enemigos de muchos, al grado de que cientos de ellos son envenenados anualmente.

En ese sentido, hay una relación inversa entre fidelidad y libertad. Hay una mayor preferencia sobre las criaturas fieles, pues a estas se les puede manipular con facilidad, mientras que a las que son libres se les teme, volviendo al apartado anterior, se les considera locas y se les rechaza.

Creo que es un buen momento para pensar en si de verdad la fidelidad es una cualidad del perro o es una que los humanos les hemos enseñado a conveniencia y si esto es realmente algo de virtud tanto para estos animales, cuanto para nosotros como sus amos. No es casual que en *Rebelión en la granja*, de George Orwell, los cerdos se quedan como tutores de los cachorros, a los cuales convierten en sus protectores, donde, dicho sea de paso, los perros no tienen como tal acceso a la

palabra, sino que aparecen como personajes siempre manipulados, primero por los humanos, luego por los porcinos.

¿Realmente las relaciones de amo y esclavo son necesarias entre un perro y un ser humano? ¿Algún día dejaremos de tener la necesidad de dominar, no solo a animales, sino a otros seres humanos? ¿Queremos que hablen solo para complacer nuestro deseo de escuchar lo que queremos escuchar de un ser que nos complace a ver si saciamos la necesidad de ello? Son preguntas que ladran y ladran en mi cabeza todos los días.

Desde pequeños se nos enseña que el perro es el mejor amigo del hombre. La frase, que aparentemente es inocente, indica ya una jerarquía: el perro es amigo, pero del hombre; es decir, su existencia está subordinada a la nuestra. El orden importa: el hombre no es el mejor amigo del perro, sino que la amistad está orientada en una sola dirección. Así, la fidelidad aparece como una virtud que el perro ofrece y raramente es una relación recíproca.

Sin embargo, a veces basta con observar la convivencia cotidiana con un perro para notar que aquello que llamamos fidelidad es más complejo. El perro espera, acompaña, incluso vuelve después del abandono. El perro celebra el regreso con una intensidad que ningún humano se permite. Pero también el perro depende: del alimento, del refugio, del afecto. Y depende de una estructura que le hemos impuesto y que regula su comportamiento. En ese sentido, la fidelidad parece más una forma de adaptación. Esto no la vuelve menos conmovedora, pero sí la vuelve problemática.

En la literatura, la fidelidad del perro suele aparecer como una virtud absoluta, casi heroica. Teddy, en el cuento de Francisco Tario, permanece al lado de su amo moribundo sin cuestionar, sin huir, sin siquiera considerar la posibilidad de un futuro distinto. Su lealtad no se ve alterada por el maltrato, ni por el abandono inminente. Ama incluso cuando amar implica dolor. Este tipo de fidelidad me resulta perturbadora, porque revela un tipo de vínculo en el que uno da todo y el otro no necesariamente devuelve en la misma medida. ¿No es el mismo modelo que muchas veces se reproduce en las relaciones humanas?

La fidelidad, entendida como permanencia incondicional, ha sido históricamente exigida más que ofrecida. Se le ha pedido a las mujeres, a los subordinados, a quienes ocupan posiciones de menor poder. Ser fiel implica, en muchos casos, resistir, soportar, permanecer incluso cuando lo razonable sería marcharse. Por ello

no es casual que el perro, figura paradigmática de la fidelidad, haya sido también asociado con la obediencia y la sumisión. Y, sin embargo, hay algo en esa fidelidad que nos sigue pareciendo deseable, incluso necesaria.

Quizá porque en un mundo donde los vínculos humanos son cada vez más frágiles, la idea de una presencia constante resulta reconfortante. El perro no duda, no calcula ni evalúa si conviene quedarse o irse. Su fidelidad, real o construida, se presenta como una certeza en medio de la incertidumbre afectiva humana. Pero también creo que esa certeza tiene un costo.

Para que exista un ser absolutamente fiel, debe existir también un otro que reciba esa fidelidad sin necesariamente corresponderla en los mismos términos. Es decir, la fidelidad absoluta solo puede sostenerse en una relación desigual. De ahí que resulte incómoda cuando se traslada al ámbito humano. Nadie quiere ser el que obedece sin condiciones; todos preferimos ser el que es amado sin tener que justificarlo.

Así, la admiración que sentimos por la fidelidad de los perros podría estar atravesada por un deseo menos noble: el deseo de ser amados sin tener que enfrentarnos a la complejidad de amar.

Aunque también vale indicar que no se puede reducir del todo la fidelidad canina a una simple relación de poder. En el vínculo entre un perro y su humano hay una dimensión afectiva que no puede explicarse únicamente desde la dominación. Hay gestos, miradas, formas de presencia que escapan a esa lógica. Cuando un perro se acerca sin ser llamado, cuando se recuesta junto a alguien que llora, cuando insiste en permanecer cerca incluso en el silencio, hay ahí una forma de comunicación que no responde a órdenes ni a recompensas. Quiero creer que la fidelidad no es una virtud ni una imposición, sino una forma particular de estar con otro y que no requiere un lenguaje articulado, pues no se sostiene en promesas ni en contratos, sino en la repetición de la presencia. Estar, volver a estar, seguir estando. El acto de obediencia se transforma en una persistencia del vínculo. Quizá eso es lo más desconcertante.

Pienso que en la fidelidad del perro vemos una posibilidad que intuimos, pero no logramos habitar del todo: la de un vínculo que no depende de explicaciones, que no se agota en el lenguaje, que no se rompe ante la primera grieta. Y, sin embargo, incluso ahí hay una pregunta que insiste. ¿Es esa fidelidad algo que el perro nos da... o algo que nosotros necesitamos creer que existe?

Lenguaje Que Sostiene

Hasta aquí pareciera entonces que mucho de la idealización que se pudiera tener sobre los perros que hablan no es más que eso, una falacia que esconde un deseo de someter y tener poder sobre ellos, como se tiene sobre otros seres humanos, porque, a final de cuentas, lo que parece relucir es, ante todo, la necesidad humana de superioridad.

No obstante, si me decidí a tener una colección de perros parlanchines no es por eso. Sino porque realmente creo que hay algo digno de contarse acerca de ellos, más allá de las necesidades humanas.

Considero que, dentro de todo el reino animal, los perros son los que más se acercan a nosotros, los humanos, con un lenguaje superior a las palabras. Muchos dirán que los comportamientos de los perros con sus amos es el lenguaje del amor, pero yo digo que más que nada, en ellos se encarna la ternura, entendida esta como la manera más directa de comunicar amor a alguien. Las acepciones del amor siempre tienden a indicar a una interrelación entre humanos, pero, sin lugar a dudas, también se puede sentir amor por animales. La ternura es el lenguaje con el que nos comunicamos más asertivamente con otros humanos y otras especies.

Que la ternura esté presente en los perros es importante, porque entonces la docilidad no es solamente una cuestión de sumisión, sino que implica una relación compleja entre dos seres vivos que intercambian, sin palabras, una comunicación que trasciende el intelecto, la conciencia y la lengua. Como no se tienen estos requisitos de manera equitativa, usamos el tacto: abrazamos al perro. Y entre más apretado y largo sea el abrazo, significa que hay más importancia en lo que se transmite. Compartir tiempo y espacio con un perro es ternura, como también lo es pasearlo o alimentarlo. Todos los cuidados que ofrecemos son una forma de decirle al can que lo amamos y, a su vez, el animal responde con movimientos de cola, lamidos o incluso gemidos.

Así, Berganza se queda junto a los amos que lo tratan bien y los defiende a capa y espada; Medji se preocupa por la mujer que la cuida, por ello se mantiene siempre vigilante a su lado; Laska recibe a su amo con alegría cuando este regresa malherido de amores; Flush se recuesta en el regazo de su dueña cuando esta lee la correspondencia y nota cualquier cambio en su humor; Teddy se mantiene junto a su amo mientras este lentamente muere, al igual que Mister Bones; el perro sin nombre en la ilustración de *Me llamo rojo*, aunque critica al humano que lo mantiene a su lado, también da muestras de comprensión a sus ideas. Todas esas actitudes son un lenguaje claro, contundente y poderoso en el que se expresa una relación compleja entre ambos seres.

Hace varios años, luego de sufrir una infidelidad amorosa en una larga relación, y de haber fracasado en un proyecto profesional, una fuerte depresión me cayó encima, como una lápida de acero sobre mi cuerpo. Estuve en la cama varios días, sin la fuerza física ni emocional para levantarme ni hacer nada. Un día, acostada, tenía los ojos puestos en la televisión, pero en realidad me encontraba fuera de mí; no estaba prestando atención a nada, sino perdida en mi propio sufrimiento, por lo que no me di cuenta de que tenía uno de mis brazos colgando fuera de la cama. De repente, sentí el cálido tacto de una lengua mojada. Era Ozzy, quien al no tener forma de preguntarme cómo me encontraba o de no poder decirme que se preocupaba por verme así, simplemente se acercó a mostrarme con un gesto sencillo su infinita ternura. En ese momento, me conmoví hasta las lágrimas, pues ni todos los “échale ganas”, “ya no llores”, “no te dejes vencer”, que me repitieron familiares y amigos me habían hecho sentir tanto ánimo como el contacto con un pequeño perro de pelo blanco y rizado. Valga decir que la compañía y ternura de Ozzy me sacaron del hoyo en el que me sentía en ese momento, y que estoy segura de que, sin ello, igual hubiera salido, pero más lentamente. La potencia de la ternura es tan intensa aún en sus formas más sutiles.

Los afectos son muy relevantes para la vida humana, si no más que el intelecto, sí en iguales proporciones. No obstante, la comunicación humana, según lo he expuesto, está fuertemente ligada a procesos intelectuales. En ese sentido, nuestra necesidad de un lenguaje complejo en los perros radica en un deseo de que ellos lleguen a ser seres con un intelecto al que suponemos que tienen. A su vez, la ternura, como un lenguaje de afecto, pareciera que resulta para los humanos una especie de recurso, si bien no innecesario, sí inferior o de menos importancia.

Así, aunque ya tenemos suficientes pruebas de un lenguaje y una comunicación clara y efectiva con los perros, como humanos aún guardamos insatisfacción, misma que, pareciera solo podrá saciarse cuando, al fin, ellos muestren algún rasgo de intelectualidad igual o superior. Creo que eso explica que existan los perros parlanchines de mi colección, como extensiones ideales de los deseos de sus creadores que, en un afán divino, hicieron criaturas lingüísticamente a su imagen y semejanza. Y es muy triste, porque entonces dejamos de lado una lengua que también es rica y vasta. Quizá, ocurra como en todas las mitologías: que los creados se revelan ante quien los hizo.

Al pensar la ternura como un lenguaje, los perros no solo lo dominan, lo encarnan. No es algo que usen de manera ocasional, ni un recurso al que acudan en ciertos momentos específicos. Es, más bien, la forma en la que están en el mundo. Una disposición constante hacia el otro, una manera de acercarse sin cálculo, sin estrategia, sin la mediación de una intención que deba ser explicada.

La ternura, en los humanos, suele estar condicionada. Se ofrece en contextos específicos, bajo ciertas reglas, en momentos que consideramos adecuados. No abrazamos a cualquiera, no tocamos a cualquiera, no nos mostramos vulnerables ante cualquiera. Hay códigos, distancias, protocolos. La ternura, entonces, se vuelve un acto que debe ser administrado, incluso protegido. En los perros, en cambio, esa administración no parece existir: se acercan, se recuestan e insisten; buscan el contacto incluso cuando no lo pedimos o cuando no creemos necesitarlo. Hay en ello una forma de insistencia que, lejos de resultar invasiva, se percibe como una apertura. Como si el cuerpo del perro no reconociera las mismas barreras que nosotros hemos construido alrededor del afecto.

Estamos acostumbrados a que el lenguaje pase por la palabra y la explicación, por el acuerdo. Decimos “te quiero” para confirmar algo que, de otro modo, podría quedar en duda. Nombramos el afecto para asegurarnos de que existe. El perro no. No necesita decirlo. Lo hace con la cercanía, con la mirada sostenida, con esa forma particular de apoyar el peso del cuerpo sobre nosotros, como si en ese gesto se condensara todo lo que quiere comunicar.

Tal vez por eso la ternura resulta tan poderosa: no exige traducción.

No hay ambigüedad en el gesto de un perro que se acerca a alguien que llora. No hay doble intención en el movimiento de una cola que se agita al vernos regresar. No hay ironía, ni distancia, ni cálculo. La ternura, en ese sentido, es un lenguaje directo, inmediato, que no necesita pasar por el filtro del intelecto para ser comprendido.

Sin embargo, subestimamos la ternura. La consideramos un lenguaje menor, ligado a lo ingenuo y poco elaborado. Como si la complejidad estuviera únicamente en lo que puede ser dicho con palabras difíciles, con estructuras sofisticadas y argumentos bien contruidos.

La ternura también es una manera de leer al otro. El perro percibe cambios mínimos en el estado emocional de quienes lo rodean. Detecta tensiones, silencios, ausencias. Se acerca cuando algo no está bien, incluso si no hay una señal explícita y responde con lo único que tiene: su cuerpo, su presencia. En ese sentido, la ternura no es solo una expresión, sino también una forma de atención y una manera de estar disponible para el otro sin necesidad de comprenderlo del todo.

Esto contrasta fuertemente con la manera en que los humanos solemos relacionarnos. Muchas veces creemos que para acompañar a alguien debemos entender perfectamente lo que le ocurre, encontrar las palabras adecuadas, ofrecer soluciones o consuelo verbal. Nos sentimos incómodos cuando no sabemos qué decir. El silencio nos parece insuficiente. Afortunadamente, el perro no comparte esa incomodidad y puede quedarse al lado sin decir nada. Y ese estar se llena de sentido, porque ahí hay una afirmación: "aquí estoy". Quizá por eso, en momentos de dolor o de crisis, la compañía de un perro puede resultar más reconfortante que la de otro humano; de ahí el éxito de los perros terapéuticos en los hospitales. No es que el perro entienda mejor, sino que no necesita entender para acompañar. La ternura, entonces, se revela como un lenguaje que no busca explicar, sino sostener al otro sin intentar transformarlo de inmediato, lo cual ya es profundamente radical.

También es cierto que convivir con ellos nos transforma, pues poco a poco, casi sin darnos cuenta, empezamos a responder en esa misma lengua y a devolver el gesto, a acercarnos sin motivo aparente, a tocar sin necesidad de justificarlo. Creo que ahí radica la verdadera enseñanza: no en que los perros aprendan a hablar como nosotros, sino en que nosotros podamos, al menos por instantes, aprender a comunicarnos como ellos y a confiar en que la ternura, aunque no se articule en palabras, tiene la capacidad de decir lo esencial.

El Cuerpo Es El Mensaje

Y aunque los perros no hablen, nosotros les hablamos. Las casas, las calles, los parques y hasta los centros comerciales están llenos de gente que le habla a su amigo peludo. Algunos como regaños, otros como confesiones, los más como una inevitable manera de convivir. “Nicolás Epley, profesor en ciencias del comportamiento y referente en el estudio de la comunicación humana, asegura que ninguna otra especie tiene un comportamiento similar. A decir del experto, hablar con los animales, antropomorfizar a la mascota, es un signo inequívoco de la inteligencia humana”, apunta Joserra Ortiz, en “Hablar con el perro. Crónica de un abandono”. “Siempre me ha parecido que los parámetros para comparar nuestra ‘inteligencia’ con la de otras especies son arbitrarios, chapuceros, acomodaticios. Un estudio de la Universidad de British Columbia encabezado por Staney Coren afirma que los perros pueden comprender alrededor de 160 palabras. ¿Cuántos ladridos puede comprender el hombre? Quizá muy pocos. Y se le tiene por inferiores. Lo sorprendente es que aun así podemos comunicarnos”, agrega. La comunicación que se genera entre un ser humano y un perro es, como se ha dicho, desde luego desigual, en gran parte inequitativa. Es, probablemente, más el resultado de un monólogo interno que exteriorizamos. No hay una respuesta siempre, al menos no en el mismo idioma. Joserra Ortiz indica que, según Flora Davis, más del 60 por ciento del lenguaje está constituido por elementos no verbales, como gestos, movimientos, posturas, miradas, aproximaciones, y que, en ese sentido, “el cuerpo es el mensaje”.

Si esto es cierto, entonces quizá la pregunta no debería ser por qué los perros no hablan, sino por qué nosotros insistimos en reducir el lenguaje a la palabra. Porque si el cuerpo es el mensaje, entonces los perros no solo hablan, sino que lo hacen de manera constante, ininterrumpida, incluso más clara que nosotros. Hablan con la cola, con las orejas, con la forma en que se acercan o se alejan, con la manera en que ocupan el espacio a nuestro lado. Hablan en una lengua que no requiere traducción, pero que, paradójicamente, nos empeñamos en traducir.

Decimos “tiene hambre”, “está triste”, “quiere salir”, como si necesitáramos nombrar aquello que ya está ocurriendo frente a nosotros. En ese gesto hay una necesidad de apropiación: traducir al lenguaje humano aquello que no nos pertenece del todo. No basta con ver al perro acercarse al plato; necesitamos decir “tiene hambre” para que el acto cobre sentido dentro de nuestro sistema simbólico. Así, el lenguaje no solo comunica, sino que organiza, clasifica, domestica.

Hablarle al perro es, en muchos sentidos, hablarnos a nosotros mismos. No porque el perro no escuche, sino porque en ese acto proyectamos una voz interna que

busca ser escuchada, aunque sea sin respuesta. Le decimos al perro lo que no diríamos a otro humano con la misma facilidad: miedos, inseguridades, pequeñas frustraciones cotidianas. “Hoy me fue mal”, “no tengo ganas de nada”, “¿tú sí me quieres, verdad?”, frases que, dirigidas a una persona, implicarían una vulnerabilidad incómoda.

El perro no interrumpe, no corrige, no cuestiona ni exige coherencia. Su escucha no está mediada por el juicio. Y eso transforma radicalmente el acto de hablar. Porque hablar, en presencia de otro humano, siempre implica una posibilidad de respuesta, de desacuerdo, de malentendido. Con el perro, en cambio, la palabra se libera de esa tensión. Se vuelve más cercana al pensamiento, a ese flujo interno que rara vez se articula completamente.

Quizá por eso hablamos tanto con ellos.

No porque esperemos una respuesta en palabras, sino porque encontramos en su presencia un espacio donde el lenguaje puede existir sin consecuencias, donde decir no implica necesariamente ser interpretado de manera equivocada y donde el silencio del otro no es ausencia, sino una forma distinta de acompañamiento.

Sin embargo, esa aparente unilateralidad no significa que no haya comunicación. El perro responde, pero no en los términos que esperamos, sino acercándose cuando detecta un cambio en la voz, inclinando la cabeza ante una entonación desconocida, moviendo la cola ante ciertos sonidos que reconoce como positivos. Hay una lectura constante de nuestras señales, incluso de aquellas que ni nosotros advertimos. El perro no necesita entender cada palabra para comprender el estado emocional que las sostiene. En ese sentido, la comunicación con el perro podría ser más honesta que la que mantenemos entre humanos.

Entre humanos, muchas veces, el lenguaje funciona como un filtro, como una máscara. Decimos una cosa y sentimos otra. Ajustamos nuestras palabras según el contexto, la expectativa, la conveniencia. Con el perro, esa mediación se debilita, no porque dejemos de mentir, sino porque la mentira pierde eficacia cuando el otro no depende exclusivamente de las palabras para comprendernos. El cuerpo traiciona, la voz se quiebra, la respiración cambia, pero el perro está ahí, percibiendo todo eso. Así, aunque la comunicación sea desigual en el código, no lo es necesariamente en intensidad.

Tal vez el problema está en que seguimos midiendo esa relación con parámetros humanos. Esperamos palabras, estructuras, significados que puedan ser traducidos directamente a nuestro sistema lingüístico. Pero el perro no habita ese sistema. No necesita hacerlo. Su forma de comunicación no es inferior, sino distinta. Y, sin embargo, seguimos colocándonos en una posición de superioridad, como si la ausencia de lenguaje verbal implicara una carencia.

¿Y si fuera al revés? ¿Qué pasaría si consideráramos que somos nosotros quienes tenemos una limitación al depender tanto de las palabras? ¿Si nuestra necesidad de nombrarlo todo fuera, en realidad, una forma de incapacidad para habitar lo no dicho? El perro no necesita explicar su afecto: lo manifiesta. No necesita argumentar su presencia: está. No necesita justificar su cercanía: se acerca.

Nosotros, en cambio, hablamos. Hablamos para aclarar, para sostener, para evitar el malentendido. Hablamos porque el silencio nos incomoda. Porque en el silencio no hay garantías. Y, sin embargo, convivimos con un ser que se comunica, en gran medida, desde ese silencio, desde esa ausencia de palabras que no es vacío, sino otra forma de lenguaje.

Tal vez, entonces, hablarle al perro es también un intento de tender un puente entre dos formas de estar en el mundo, aunque sabemos que nunca será completamente simétrico, pero que aun así insistimos en construir. Le hablamos esperando que algo de nosotros cruce hacia él, pero también, quizá sin saberlo, para permitir que algo de él cruce hacia nosotros, porque en esa relación, aunque no haya traducción perfecta, sí hay transformación.

Poco a poco, quienes convivimos con perros aprendemos a leer señales que antes ignorábamos. Un movimiento leve de la cola, una mirada sostenida, un cambio en la postura. Aprendemos a escuchar sin palabras, a responder sin discurso, a estar sin necesidad de llenar el espacio con sonido. Y en ese aprendizaje hay algo que se desplaza en nosotros, algo que cuestiona nuestra idea de lo que significa comunicarse.

Tal vez los perros no hablan como nosotros quisiéramos. Pero nos obligan a reconocer que el lenguaje no empieza ni termina en la palabra. Y que, en ocasiones, lo más importante no es lo que se dice, sino lo que logra sostenerse incluso cuando nada se dice en absoluto.

Ozzy

¿Por qué no te tuve cuando fui niña? Mi infancia hubiera sido más infantil y menos solitaria, le digo a Ozzy, mi perro, mientras él está dormido encima de mis piernas. Cuando nadie quiso jugar conmigo, ni me invitó a su fiesta de cumpleaños y nadie me quiso en el equipo del trabajo especial en la escuela, sé que al llegar a casa tú me hubieras dado la bienvenida con la lengua de fuera y la colita alocada. Y eso hubiera sido suficiente para sentirme mejor.

Sé que te hubiera peinado toscamente creyendo que lo hacía con cuidado. Con ese peine rojo

con el que mi mamá me hacía unas trenzas dolorosas... No habría hecho distinciones contigo.

Hubiera disfrutado tu abrazo de nube, tu pelaje de espuma, tus ojos de piedritas mojadas en el río.

Yo sé que naciste del beso de una nube y la espuma del mar y desde ese día el mundo es más suave. Desde que llegaste a mi casa volví a ser niña. O tal vez siempre lo he sido, pero ahora me gusta más. Desde que somos amigos recuperé a la niña que debí ser hace muchos años, por fin. De niña, hubiera dejado mis dedos conocer en tus rizos algo más suave que como creo que son las nubes. Hoy lo hago todos los días.

Aunque a veces estás apestoso, tu olor en mis cobijas me acompaña cuando por las noches tengo pesadillas y me protege de los monstruos más terribles. ¡De cuántos regaños me hubieras consolado! Sin entender hubieras tendido tu patita peluchona, cuando mi papá me culpó por romper una maceta sin que hubiera sido yo la causante... Y tu lomito pudo ser mi almohada en esa noche de llanto.

¡Cuántas aventuras habiéramos vivido caminando cerca de la casa amarilla! Como el día que nos sorprendió una pesada ráfaga de lluvia y aire y polvo. Queríamos volver a casa, pero nuestros rizos se trenzaban en el viento. Las hojas secas se arrastraban en el suelo porque dedos invisibles las jalaban hacia el norte. El dragón de la tarde roja nos mostró su hocico babeante. Y yo sin mi espada para protegerte, a ti, mi mejor amigo, no pude hacer más que correr contigo a mi lado. Y corrimos y corrimos y de repente ya estábamos volando, y tú eras una nubecita blanca entre muchas moradas. Así logramos salvarnos de la ferocidad del invierno. He paseado contigo por la calle, por desiertos que se extienden como mares amarillos, por montañas barnizadas de treinta y tres tonos de verde, por sábanas de nieve blanca, por selvas de flores estrelladas, y así he descubierto lo maravilloso que es vivir.

Te veo dormir, suspirar entre sueños. ¿A qué temas, mi pequeño? De todo quiero protegerte,

nada podrá herirte si estás junto a mí. Nada me pasará tampoco a tu lado. ¿Por qué no te tuve cuando era pequeña? Me pregunto esto y casi lloro... Por ti, siendo una mujer, he vuelto

a ser niña y a amar todo del mundo con la inocencia más pura.

Me ves ahora. Solo hay calma en tu semblante. Te quiero mucho, te digo, y veo cómo aguzas el oído. Nunca te vayas, te ruego, y de repente levantas la cabeza. Por favor, dime algo, juro que no le contaré a nadie que hablaste, te ruego. Pero solo me ves y sigues callado.

Bibliografía

- Auster, P. (1999). *Tombuctú*. Anagrama.
- Bickerton, D. (1990). *Language and species*. University of Chicago Press.
- Chomsky, N. (1986). *Knowledge of language: Its nature, origin, and use*. Praeger.
- Cervantes Saavedra, M. de. (2015). *Novelas ejemplares* (incluye "El coloquio de los perros"). Cátedra.
- Foucault, M. (2006). *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica.
- Gogol, N. (2003). *Diario de un loco y otros cuentos*. Alianza.
- Gómez Herrera, I. (s.f.). *Historia y características del xoloitzcuintle*. [Referencia general sobre perros en América].
- Köhler, W. (1925). *The mentality of apes*. Harcourt, Brace & Company.
- Mankell, H. (2015). *Arenas movedizas*. Tusquets.
- Orwell, G. (2003). *Rebelión en la granja*. Destino.
- Pamuk, O. (2006). *Me llamo rojo*. Alfaguara.
- Piaget, J. (1971). *Psicología y epistemología*. Ariel.
- Rulfo, J. (2006). *El llano en llamas*. Fondo de Cultura Económica.
- Tario, F. (2010). *La noche del perro y otros cuentos*. Fondo de Cultura Económica.
- Tolstói, L. (2008). *Ana Karenina*. Alianza.
- Vigotsky, L. S. (2000). *Pensamiento y lenguaje*. Paidós.
- Viana, J. de. (2005). *Cuentos completos*. Ediciones de la Banda Oriental.
- Woolf, V. (2004). *Flush: Una biografía*. Alianza.